

Moisés Rojas

EL GUARDIÁN
DE LOS CHAKRAS



Título: El guardián de los chakras
Autor: Moisés Rojas
Editorial: La voz del viento

Moisés Rojas
www.moisesrojas.com
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-616-4077-5
Depósito legal: SE-825-2013

Ilustración de portada: Rubén Garcerá Soto
Correcciones: Víctor Martín y Moisés Rojas
Impresión: Publidisa

Queda prohibida, salvo excepción prevista en ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE:

El guardián de los chakras

1 La partida	9
2 Villous “La magna”	30
3 La casa de la Artesanía	44
4 El caballero de naranja	61
5 El comienzo del conflicto entre Villous y Rocaroja	72
6 El rescate de una traidora	89
7 Ladrones y milagros	106
8 El viejo maestro, el mundo interior de John y la gran técnica	123
9 La calma que prepara la tormenta	139
10 Planes, raios y el ataque de Villous	151
11 Sticky tras las mazmorras	161
12 Lo que depara el destino	173
13 A por el genio de Rocaroja	182
14 Tejedores, catalistas y el avance del terror	197
15 Píldoras, monstruos y la llegada de Villous	215
16 Comienza la batalla definitiva	225
17 La llegada del genio	235
18 El último héroe que queda en pie	256
19 Cuando los héroes lloran	268
20 La reunión del consejo	274
- Apéndice: La historia de Sticky	
Prefacio por John Jacob Wick	276
-Dedicatoria y agradecimientos	297

" De una cosa estamos bien seguros, **la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra.** Todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. El hombre no tejió la trama de la vida. Él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo."

Carta del jefe Indio Seattle.

La partida

John Jacob Wick andaba por un camino polvoriento, a unos tres kilómetros de su casa, mientras iba mirando el cielo como si se pudiera aprender algo de él, como si tuviera que decir más de lo que se puede ver. Un cielo azul, con unas nubes, muy ávidas en desaparecer por el horizonte.—¿Dónde irían las nubes al desaparecer? ¿Sentirán mi amor por su belleza?—Pensaba John. A lo lejos se veían como unos viejos sabios manipulaban el chakra dándole distintas formas que incluso a lo lejos se podían divisar, un acto sagrado que perduraba desde siglos atrás.

El sol golpeaba con cierto carisma, a la par que llegaban unas nubes que traían un aroma fresco. El camino se hacía largo, pero John era una nube. Ya no caminaba, y sabía que en la siguiente curva ya su mente debía ser llenada de muchos pensamientos, conseguir un orden y disponerlo todo para estar preparado por lo que pudiera pasar, tenía una extraña sensación. El camino se dividía alrededor de una fuente, a la que John casi como un lugar sagrado, siempre se paraba a mirarse en el reflejo del agua, donde una forma distorsionada le ayudaba a ver algo diferente de él cada vez. Se acercó como siempre, y asomó su mirada hacia la fuente. Esa nube era un poco más oscura que las que se reflejaban en el agua, piel castaña y un pelo desaliñado, pero con cierto orden y una mirada profunda, como la de los antiguos Yapajaes cuando eran uno con el horizonte, o las águilas cuando noblemente vuelan con su gran ley.

Tras pasar por su lugar sagrado y comprobar que seguía estando allí, debajo de las nubes comenzó a precipitar sus pasos hacia el lugar donde tenía que llegar. Al llegar solo quedaba por cruzar una carretera y al revolver, allí se encontraba su majestuosa casa, que era como su gran amigo, siempre estaba esperando que llegara él. Sol y sombra por doquier entretejía una amalgama de dibujos en el suelo.

Le encantaba mirarlos como si fueran algo misterioso que emanaba del suelo. Entrando por el patio, y dejando la cancela entreabierta, estaba todo en silencio, un silencio demasiado ruidoso,

el pecho se le encogía aunque era valiente por su puesto, y además lo sabía.

Algo pasaba, tenía esa sensación y ya le había mordido en el pecho. Apartando la frescura y hermosura del día, algo le olía mal, tenía que averiguar que era. Entró en la puerta, que siempre hacía bastante ruido, por muy cuidadoso que fuera. El sonido hizo un eco, que solo se atrevió a parar cuando entró en el cuarto, donde todos estaban reunidos a la luz del fuego, y como centro el cabeza de familia, con la mirada baja, como si algo malo hubiera hecho. El silencio era algo habitual sobre todo en momentos más meditativos del día, pero quizás eso era demasiado, casi no se escuchaba la respiración de los allí presentes.

Ludwig, padre de John, movió ligeramente la cabeza con gesto de aprobación cuando entraba por la puerta. Hizo intención de hablar, pero su mujer, Theresia, comenzó a hablarle a John, con tono melancólico y desgarrado.—John, tu padre ha caído enfermo, exclamó entre un suspiro.—¿Qué le pasa a papá? Inquirió con impaciencia John, con una mirada casi amenazante.—Tu padre, no puede trabajar, tiene una enfermedad.—parecía como si tuviera que ser exprimida para terminar la frase.—¿Qué tiene?—volvió a preguntar John mientras se secaba el sudor frío de la frente.—No tiene fuerzas, está débil, y no podrá alimentarnos a todos, tenemos derecho a una ración mínima de alimentos, pero lo pasaremos mal, John.

Todo ello lo decía cuando Ludwig miraba a los niños; dos pequeños, una chica y un chico, parecía como si el mal trago debiera pasar para volver a sus juegos, sin restar importancia al miedo que sentían junto a ellos. Las peores premoniciones se hacían demasiado efectivas y no solo quedaba ahí. Mientras la familia pasaba un mal momento, había que buscar una solución, para solventar la situación. John era totalmente consciente de que su porvenir, su estudio en el oficio, que pronto le esperaba era perteneciente al rango que su padre ostentaba, y de que dejando éste su trabajo solo podría ser autosuficiente y obtener lo básico e imprescindible, tan solo podría estudiar pero dedicando muchas horas para obtener todo lo que necesitara, además para una década donde los cultivos habían sido regulares, o muy

malos. Algo se debía de pensar y, como era de costumbre en John, era demasiado rápido pensando como para meditarlo. En ese mismo momento, toda la familia discutía el plan a trazar.

–Bien, me iré de casa–dijo John con decisión.–¡Cóoomo!– Exclamaron todos a la vez que Theresia elevaba su torrente de voz, y frunciendo las espesas cejas negra decía.–¿Crees que vas a marcharte? Tienes que trabajar, dejar los estudios y quizás más adelante te puedas dedicar a ellos.–No puedo mamá, tengo una idea mejor, me iré fuera e intentaré trabajar hasta tener una situación mejor, sé que puedo hacerlo. Con lo que me den fuera, podréis vivir.

Sé que retrasaré mi crecimiento. Será lo mejor.–¡¡No!! No puedes irte, nunca has salido de aquí.–En ese momento Theresia era interrumpida por la voz vehemente de Ludwig.–Déjalo ir, quizás no sea tan mala idea. Nosotros permaneceremos aquí y nuestra vida no cambiará, se que John tiene algo especial que hacer, aunque no sé aún que es, quizás un cambio le venga bien. Y si gana alguna retribución, nos podrá ayudar, allí afuera viven de la usura, el cambio siempre te permite acceder a cosas que tardarías mucho más tiempo de obtener aquí y si no, pues le esperaremos con los brazos abiertos.

Finalmente la angustia le vencía, era el guerrero que aceptaba su derrota. Los sistemas económicos en Rocaroja eran algo distinto, más bien racional, distribuyéndose las cosas de una forma bastante más natural. Prácticamente nadie atesoraba riquezas, porque para ellos carecía de sentido, un lugar un tanto especial. A veces si alguien tenía dinero, le preguntaban que para qué lo quería, normalmente las cosas que se tenían no se compraban sino se ganaban. Había un viejo dicho en Rocaroja, y decía que si un objeto se queda mucho tiempo con alguien, su alma se apoderaba un poco del alma de la persona en vida, y que solo se libera en la muerte, algunos quedaban atrapados en esos objetos.

John se disponía a recoger sus cosas, no eran demasiadas las que quería llevarse, un libro, unos botes de conservas, y su ropa, todo ello en una gran bolsa de cuero.–Me iré a la ciudad, quizás allí pueda encontrar algún trabajo.–Hay numerosas industrias entre las doce casas y seguramente necesiten algún novicio.–Diciéndolo John, se

secaba las lágrimas que había aguantado durante los dos días que estuvo preparando su marcha.

–Hijo, recuerda hazlo lo mejor posible. Que no se diga, que nuestra familia no tiene esencia.–Mientras era besado tras las palabras de su padre; su madre y sus hermanos le abrazaban, quizás sin esperanza de volver a ver a un hermano que se dirigía a un mundo desconocido, sin ayuda. Era uno de los momentos en los que los padres se arrepienten de no haber enseñado a sus hijos algo más que seguramente sea necesario para vivir fuera del nido.

En la misma puerta de su casa estaba su amigo Kaspar, esperando que este asomara su mitra por el arco del jardín.–John ¿te vas y no me dices nada viejo amigo?–No era costumbre en John contarle todo, y quizás el tiempo le había sido demasiado rápido, que incluso se olvidó de Kaspar y los demás.–Kaspar, me marchó a Villous, si además sé que lo sabías, espero verte cuando regrese aunque tarde, y espero que todo siga igual de tranquilo por estos parajes.

–No creas que estaré quieto, cuando regreses, seré un maestro de artes marciales, veo además que has olvidado a Agnes, te lo reprochará siempre y lo sabes.

–Kaspar, sabes también como yo que la aprecio, pero esta aventura no es para ella, y siempre la tendré en el recuerdo y en el corazón, díselo de mi parte, pero he de volar libre.

–No. Tú lo que quieres es ligar con alguna chica de Villous, viejo ladrón.

–Cállate Kaspar “el roba tintas”–La risa de Kaspar se hacía quejumbrosa a la vez que abrazaba a John, decían que las mujeres de Villous eran las más hermosas de todos los lugares y eso ligado a pensar que su amigo se marchaba, la envidia le daba en ese mismo instante y un abrazo le sabía demasiado a poco a Kaspar, todo un amigo fiel de John.

La maleta la cogió fuerte. Ahora tenía que viajar por unos cuatrocientos kilómetros hasta llegar a la ciudad. En forma de apoyo llevaba una estaca labrada, con muchos dibujos y detalles, que le daban un aspecto como si fuera la vara de un mago. Pero era principalmente para la autodefensa en un camino inesperado.

Caminando cada paso que alejaba su mirada de aquel lugar, del lugar más querido por alguien, el lugar donde crece. Sentía dos pinchazos cada vez más fuertes. Uno era el corazón, y otro en la barriga, el alma, le dolía separarse de las personas que había amado, con sus defectos y con sus virtudes, pero parte de él. Parecía marearse e incluso dudaba de si salir corriendo y dar marcha atrás, pero eso era una derrota, aunque la realidad era que a cada paso, el mundo se hacía más y más pesado. No tenía claro donde iba a poner el siguiente pie, en un mundo que parecía que estaba completo sin sus acciones, donde está mal visto ser débil. A lo lejos se divisaba ya la ciudad con sus chimeneas y las luces que brillaban de forma tenue, pero que anunciaban que allí había un lugar acogedor. Llegando cerca de un cruce que estaba solo a un par de horas de su casa, donde años atrás con algunos de sus amigos habían jugado a pequeñas travesuras, había un carro con dos personas subidos a él.

—Perdonen, no... por casualidad, ¿no iréis dirección a Villous, no?—pronunció John. Cuando los dos hombres, uno muy elegante y el que parecía ser el chofer, el primero un poco desaliñado pero con cara pícara no paraba de señalar a John, se miraban y murmuraban algo. Al dejar de murmurar y tras alguna palabra del chófer; el primer hombre dejaba caer una palanca, dando paso para que subiera John por un carro que tranquilamente habría cargado con muchas cosas años atrás.—Tienes suerte chico, nuestra comitiva no se ha presentado. Puedes venir con nosotros, ya vamos a ir recogiendo, y en seguida alcanzamos Villous, yo soy Gildmon, y él es... bueno el chófer. Ya verás como el viaje se te pasa en nada, muchacho. Ujum ujum.—Terminó diciendo mientras tosía, puesto que fumaba un tabaco que incluso de tarde en tarde el humo se convertía en niebla el interior de su boca.—Yo soy John Jacob Wick de Rocaroja, todo un placer.

Subió con ganas en el coche de caballos y acomodó su gran bolsa que llevaba como maleta. Los caballos relincharon un poco, al notar algo de más peso en sus lomos. En el carruaje no se estaba tan mal, muy al estilo de los carruajes antiguos, pero lo peor es que no entendía nada de lo que decían sus transportistas, pues hablaban de temas extraños que seguramente entienden los habitantes de Villous.

Por lo menos tenía el paisaje que era precioso con los frescos valles que se revestían de árboles tan viejos como altos. Incluso había ocasiones en las que el agua atravesaba las hojas de los árboles después de llover. Era curioso como llovía desde la cima de los árboles en un día soleado. Los más viejos del lugar cuentan que ya estaban allí. Mucho antes de que se llegara a poblar Rocaroja, fue el primer lugar que se habitó. De aquella época no se cuentan demasiadas cosas, puesto que prácticamente nadie había investigado sobre cómo llegaron allí ni por qué. Solo se sabe que un día llegaron los primeros y nada más.

Al fin y al cabo, ya llevaban recorrido una distancia considerable desde Rocaroja hasta Lordmolín, una ciudad-laguna a unos cuarenta kilómetros de Rocaroja. El sol había caído del cielo casi tan de repente como sus anfitriones.—Bueno ya es la hora, vamos a movernos, y así acampamos al anochecer. La noche será larga esto es territorio de ladrones.—Exclamó Gildmon. Los ladrones o bandidos, estaban fuera de la ley, no atendían a ningún tipo de filosofía, simplemente robaban por diversión. Después de haber robado normalmente tiraban todo, incluso era mejor dejar que te robaran y después recuperarlo, eso sí, si encontraban resistencia lo más probable es que lucharan a muerte. Son de los que piensan, que no hay ningún objeto que le pertenezca a nadie, ni a ellos mismos siquiera, así que con ello justifican su teoría. Les sirve casi como la meditación, y jamás robaban comida pues tienen sobradas en el valle.

Lo malo es que también tiraban la comida, demasiados escrupulosos para quedarse con la comida ajena. Se daba muchas veces, que cuando cogía un bandido un objeto se imaginaban con ellos usándolos, pero en esos instantes se daban cuenta de que el objeto no les interesaba por muy bonito que resultaran y los tiraban siguiendo su camino.

Echando de menos su tierna cama se encontraba John, la aventura era prometedora, pero desafortunadamente no iba a desearles buenas noches a sus hermanos Kris y Marie, algo que siempre acostumbraba a hacer, obteniendo una grata sonrisa de ambos. Ni su madre iba a hacer la última visita antes de dormir, tan apacible y encantadora al dar las buenas noches. Los baches en el carro se iban haciendo

insoportables, el camino empeoraba, y la noche caía como si tuviera una gran prisa en dormir a todas las criaturas que tanto ruido hacían durante el día. Los caballos, inmensamente fuertes, ya parecían cansados y su mirada contenía algo de enojo. No era para menos, casi habían recorrido unos ochenta kilómetros. Había sido una jornada dura.

–Vamos a distribuirnos para dormir mejor. El chico, que duerma toda la noche, yo me quedaré en el carro vigilando y a eso de las cuatro tú me sustituyes, después me voy al lado de los caballos hasta el amanecer ¿Te parece bien, Gilmond?–Sí, como siempre.–decía cuando el bostezo asomaba en su blanca dentadura.

Agarrando la bolsa se disponía a dormir, con la espalda en un lateral del coche y justo delante, como almohada, la gran bolsa, que le protegería de la fría noche o de una postura incómoda. Y sobre todo intentar que ningún bandido le robara, que seguramente lo intentarían en el sigilo de la noche. Ya con la postura deseada, John dejó la mente en blanco y cayó en una nebulosa de zumbidos, transportándolo a un placentero sueño, quizás demasiado plácido para dormir fuera la primera vez.

Un poco más tarde del cambio de turno, cuando ni un alma rozaba el suelo y la naturaleza podía escucharse como vivía con fuerza en la noche, se escuchó un leve susurro.

–¡Ey! despierta muchacho.–Era Gildmon. El chofer no estaba cerca, y él lo miraba con aire inquisitorio.–¿Sabes dónde está el chofer? Hace un tiempo que no le veo y debería estar haciendo guardia.–De repente se escuchó un gran crujido, y alguien saltó en lo alto del carro, gritando.–Moveros, salgamos de aquí rápido.

Sin saber porqué los caballos entraron al galope, del repentino tirón John se cayó hacia atrás dejando la bolsa y cayendo de espaldas fuera del carro, que no tenía interés ninguno en parar.

El suelo era bastante duro, pero no era eso lo que dolía más. Había pasado de estar dulcemente durmiendo a ver una vuelta completa de la noche en toda su dimensión, mientras casi acrobáticamente caía

hacia atrás hasta llegar al suelo. De inmediato, John se levantó y comenzó a dar zancadas, afortunadamente cuesta abajo, parecía que se acercaba al carro.—No, no, no me puedo quedar aquí, tengo que llegar a Villous como sea.—argucia John apretando los puños y los dientes. Todavía no parecía darse cuenta de lo que ocurría en esos instantes, y dada la cercanía aún de su casa, le pasaba por la cabeza la imagen de sus padres aceptando con resignación la gran derrota de su hijo.

—Sooo...,—se escuchó casi cuando ya estaba tocando el carro con la mano.—¡Ey! chico, date prisa, creíamos que estabas detrás, decía Gildmon—Seguro que creías que estaba detrás, no lo tengo yo muy claro.—exhaló John como pudo.—¿Nos estás llamando mentirosos chico?—preguntó el chofer como si de una persona respetable se tratara y le hubieran faltado al respeto.

—Sí, y lo sabes, que es así.—Las miradas de los hombres se entrelazaban con aires de complicidad.—¿En qué te basas? Dijo Gilmond.

—Pues que ha sido una simple cuesta y me habéis abierto la bolsa. Si no queréis que llame a los inspectores de camino o a los keepers, será mejor que me llevéis y me dejéis tranquilo.—John, parecía que había ganado la batalla.—Me parece bien, es justo.—Terminó diciendo Gilmond, con la mirada de un sucio perdedor. No habían podido robar a un joven de pueblo, si es eso lo que querían, y lo tenían que llevar hasta Villous.

Los inspectores de camino solían ser implacables, dado que desde hace mucho tiempo los ladrones y asaltantes, tomaron todas las vías públicas, siempre hacían lo que querían. En cambio los más benevolentes eran los keepers, pero también muy respetados. Ambos estamentos de control eran miembros de las dos grandes civilizaciones que trabajaban casi en común, como un trato especial para la seguridad en los viajes y comercio. Si alguna vez te tropezabas con alguno podría retenerte todo lo que quisiera, hasta tener claro quién eres, a donde ibas y el resto de información que pudiera tener interés para ellos. Se rumoreaba que aún seguían

vistiéndose de paisano y observando e incluso acompañando a los demás transeúntes. Los señores de la guerra, un alto rango de los inspectores, vestían una capucha negra con capa, el miedo recorre a todo aquél que se cruza con ellos. No les era permitido por motivos de seguridad enseñar su rostro y trataban de cuidarlo al máximo, para no comprometer nada. Llevan espadas debajo de sus capas, ya que el fuego era determinadamente prohibido e imposible de usar, desde eras atrás. La tecnología no obstante no había posibilitado la creación de armas de fuego, por alguna misteriosa razón nunca se conseguía llevar a cabo.

Tras retomar el sueño en mitad casi del camino, las cosas volvían a la normalidad.—Está amaneciendo, busquemos algo de agua para los caballos, diría que están sedientos. —Gildmond le indicó el lugar donde debían de pararse.—¡Ey! ¿Queda mucho aún para llegar? Estoy deseoso de llegar a la gran plaza de Niklas. Dicen que fue increíble cuando llegó en su caballo blanco, y señaló el lugar donde después creció Villous.

—Kakunin, ¿no crees que deberías pensar en buscar empleo en vez de hacer turismo? Imagino que eso buscas.—Aconsejaba con cierto despropósito a John.—¿Y por qué no? iré a la plaza y quién sabe si allí mismo puedo encontrar algo. Nunca se sabe lo que le depara a uno el destino.—Terminó de hablar con Gildmon en un tono un poco más amistoso. Tras una noche donde el engaño estuvo presente, aún fantaseaba con los extraños sujetos. Kakunin era la palabra favorita de los villourianos para referirse a los de Rocaroja, que más bien significaba algo así como “tonto de pueblo salvaje”.

Los caballos reponiéndose de toda la fatiga que habían tenido en una noche tan intranquila, parecían resoplar y aprovechar al máximo el pequeño descanso. Quedaba gran parte del trayecto, y por lo menos una noche más tendrían que acampar cerca de la frontera con Villous.

—Gildmon, donde está la cuerda, tenemos que coger algo de leña para esta noche, parece que va a refrescar. ¡Ah! Y tendremos que cocinar algo, no quiero comer más raíces durante un tiempo.—El chofer, casi con una lista de trabajos para realizar, se paró frente a

Gildmon con algo de autoridad. A pesar de que Gildmon siempre decidía lo que hacer en cada momento, era una extraña relación entre subordinado y jefe.—Parece que hoy tienes más fuerzas que de costumbre. He visto muchas pisadas recientemente, deberías afilar tu espada de paso, nunca se sabe.—El chofer, puso cara de respeto hacia lo que decía Gildmon. Muy a su pesar, los tiempos eran muy distintos a cuando él se crió. Gildmon parecía reconocer bien todos los terrenos que frecuentaban.

—Por cierto, John, dime por qué llevas un bastón, si eres todavía un crío.—Le hacía gracia el bastón con tantos dibujos, se mofaba de él, puesto que sólo las personas autorizadas, podían portar armas, al igual que nadie podía robar, aunque cosa imposible con los bandidos.—Llevo un bastón porque mi padre me aconsejó que lo llevara, nunca se sabe con quién te puedes tropezar, y solo será para el camino.—Ahora no pilló desprovisto a John, y le devolvió el chiste, haciendo alusión al frustrado intento de robo.

Los tiempos habían cambiado muchísimo. Antiguamente hubo revueltas entre más de un poblado y sobre todo un constante abuso de Villous desde que la ciudad se fundó adelantando tecnológicamente a los demás poblados, definiendo de esta forma dos civilizaciones; la civilización Meditierende que comprendía todos los pequeños pueblos y el pueblo común que vivían arraigados en el gran bosque del valle de Rocaroja, y por otro lado los villourianos. Aunque nunca lo reconocen, los primeros líderes eran amigos, pero hubo una escisión y cada civilización funcionó a su manera.

En Villous, las distintas cadenas de mando, eran diseñadas para que cualquiera pudiera escalar posiciones, y estos a su vez, cumpliendo con un cometido para el bien común. En un principio todo el mundo es igual, si bien había una gran diferencia debido a la selección genética de todos aquellos habitantes de la gran ciudad. Desde mucho tiempo atrás habían sido manipulados hasta conseguir individuos con una gran adaptación tanto a las tareas a realizar, como en la mejora de la calidad de vida. Dejando relegado a un espécimen de segundo nivel a todos aquellos que decidieron desde tiempo atrás

seguir los caminos del destino y la selección natural como los Meditierende. Ambos bandos, habían tenido respeto el uno por el otro, la única diferencia es que los primeros contaban con ventaja sobre los Meditierende: Mucha más fuerza, rasgos finos y bellos, e incluso otras aptitudes muy controladas, puesto que debían llevar un patrón parecido entre todos y una misión específica para cada casa. La genética de cada individuo se registraba en una base de datos y se estudiaba cada variante; controlando de esta forma toda la población y sus mezclas. El único defecto era la inteligencia de estos seres, media tirando a baja, excepto algunos individuos alterados como los herederos de las distintas casas que tenían que estar adaptadas a su función. El control era máximo, casi idéntico a la felicidad de sus ciudadanos al carecer de sufrimiento en una sociedad prefabricada. Por eso, de tarde en tarde era peligroso hablar con los “Kakunin”, puesto que esta gente tenía hijos de forma natural, sin ni siquiera contemplar la posibilidad de enfermedades y un largo etcétera que a los villourianos les daba curiosidad y repulsión.

Muchos artistas y sabios en un comienzo abandonaron la civilización de Villous, pues vieron en ella al mismo demonio, y el modelo que prevalecía les parecía una aberración, incluso peor que los anteriores, a pesar de que el dolor y el sufrimiento eran increíblemente superiores en esas épocas antiguas. Pocos se mostraban capaces de desobedecer o cambiar el gran sistema, respetado por todos, pues todo el sistema era toda persona que en él se encontraba. La fe y el orgullo pertenecían a solo una cosa a Villous, la todopoderosa Villous. Otro gran grupo se dirigió más allá del oeste, lejos del mar de Ohn.

—Kakunin, sabes que te llamarán así en cuanto vivas en la ciudad.—dijo a John.—Me da igual, soy feliz siendo quien soy, sé que heredé de mi padre una hermosa nariz. Y estoy orgulloso, los demás tienen unas narices demasiado pobre en matices, diría que son un poco aburridas.—John no carecía de sentimientos de culpa, y menos por una cosa que le había sido regalada. La diferencia iba a ser grande y lo sabrían todos en cuanto tuviera oportunidad de relacionarse. El viaje seguía su ritmo, a pesar de que de tarde en tarde, se paraban a coger algo de leña para el futuro fuego que tarde

o temprano harían para calentar algo de agua y añadirles una ricas raíces. Había una en concreto que aportaba unas sales especiales para recuperar las piernas, y que siempre le había gustado a John.

Pronto iba a ser día festivo por la casa de la sanidad. Ellos todos los años regalaban a todos una cura o un avance médico que hacía que la vida fuera un poco más agradable. La última; que todo aquel que se vacunara dejaba de tener trastornos hormonales, haciendo muy estable la mentalidad de los jóvenes, fue algo muy bien acogido por los padres. Ya sus hijos desde una temprana de edad eran casi tan responsables como ellos. No tenían tantos impulsos sexuales, como antes, y fue todo un éxito.

El gran patriarca era la única figura que destacaba en todo Villous. Era lo que moralmente se podría llamar la voz de la conciencia. Él marcaba por dónde ir, y llevaba tantos años como la misma Villous. Lo único que no se podía manipular por el momento era la voluntad del patriarca. En esta persona recaía la responsabilidad de que todo marchara bien, y por supuesto las decisiones más comprometidas. Se podía decir que Villous era él y él era Villous, y que los demás seres eran más que partes de su creación.

Cada casa tenía solo dos figuras, que podían destacar. Los responsables de cada casa eran los capitanes; podían decidir en cada momento las funciones, siempre sin alterar la dinámica que se había decidido en el consejo, y que el patriarca solo en exclusividad podía discernir. Claro que esto era realmente difícil normalmente, ya que sabían que tenían que hacer; todos los planes eran revisados y planteados con una gran antelación, tanto, que se solía seguir un estricto plan de desarrollo en las distintas casas.

Estas figuras, que a veces ejercían de mariscales, eran el capitán y el subcapitán. Ambos eran promovidos según su habilidad, por lo que la promoción era real, aunque muy exigente, puesto que al tener cualidades muy similares entre sí, la competencia casi carecía de sentido. Salían a promoción aquellos que de verdad destacaban en algo y por encima de ellos a modo de emblema estaban los